

Canetti y las mitologías*

JOSE MANUEL DE PRADA SAMPER**

Resumen: Uno de los aspectos fundamentales del pensamiento de Canetti es la fascinación que siempre sintió por los mitos, fuera cual fuese su procedencia, lo que él llamaba su «sed de mitos». Los mitos están también íntimamente ligados al concepto canettiano de metamorfosis y a su convicción de que el escritor era, ante todo, «el guardián de las metamorfosis». Esto obedece en gran medida a que Canetti veía en los mitos una de las supremas manifestaciones de la creatividad humana.

Palabras clave: mitos, metamorfosis, escritura.

Abstract: Canetti's fascination with myths, no matter their origin, what he called his «thirst of myths», is one of the pillars of his thinking. Myths are also closely related to his concept of metamorphosis, and his conviction that the writer is, above all, «the keeper of metamorphosis». This largely responds to the fact that Canetti saw myths as one of the supreme expressions of human creativity.

Key words: myths, metamorphosis, writing.

«No hay ningún testimonio más profundo de respeto por la humanidad —escribe Canetti en un apunte de 1958—, que la sed de sus mitos, y cuando uno ha leído más de lo que el corazón puede soportar tiene derecho a esperar en la secreta fuerza de ese alimento».¹ Sólo este apunte bastaría para establecer la importancia capital que los mitos tuvieron en la vida y la obra de Canetti. Pero es posible añadir otros. Por ejemplo, en una extensa anotación de 1943, en la que habla de la revolución interior que en él provocó sumergirse por segunda vez en la obra de Goethe, Canetti explica:

No me atrevía a confesarle a nadie que en estos momentos, en medio de esta guerra, las yemas de las plantas pueden fascinarme y estimularme tanto como un ser humano. Prefería leer mitos que cualquiera de los complicados productos de la Psicología moderna; y para justificar ante mí esta sed de mitos, convertía a éstos en una cuestión científica, fijaba toda mi atención en los pueblos de los que habían surgido y los ponía en conexión con la vida misma de estos pueblos. Pero lo único que me importaba eran

* El siguiente artículo se basa en el texto de la intervención del autor en una de las mesas redondas de la jornada de homenaje a Elias Canetti que, organizada por Raquel Kleinmann, tuvo lugar en San Lorenzo del Escorial el 5 de julio de 2005. El tema de la mesa redonda era «Canetti, desenmascarador y encubridor», y en ella participaron también Jeremy Adler, Edgar Piel, Carol Tully y Cecilia Dreymüller. El texto fue recibido por la revista *Daimon* el 28-10-05 y aceptado el 30-11-05.

** C/ Diputación 158, 1º 2ª, E-08011 Barcelona, jmd194@columbia.edu

1 Elias Canetti, *La provincia del hombre: Carnet de notas 1942-1972*, traducción de Eustaquio Barjau, Madrid, Taurus, 1982, pág. 212.

los mitos mismos. Desde que leo a Goethe, todas mis empresas me parecen legítimas y naturales [...].²

Nótese cómo aquí Canetti utiliza la misma expresión, «sed de mitos». En otro apunte, de 1945, confirma que, en efecto, su relación con los mitos iba más allá del interés erudito, y se había convertido en una pasión adictiva, una verdadera sed que debía saciar:

Una meta seria de mi vida es conocer realmente a fondo todos los mitos de todos los pueblos. Pero quiero conocerlos como si hubiera creído en ellos.³

La intensidad que en Canetti tenía esta adicción queda patente en el siguiente apunte de finales de los años cincuenta:

Creo que es la proximidad de los *mitos* lo que ha despertado en mí este desasosiego. Me ahogo en ellos, solo; todo su poder se vuelve contra mí. ¡Qué osadía pretender conocerlos todos, yo, un hombre pequeño y solitario de cincuenta años, yo, un don nadie!⁴

Llegados a este punto, podemos preguntarnos, ¿qué entendía Canetti por mito? Todos ustedes, sin duda, estarán al corriente de la notoria dificultad para definir ese concepto. Como investigador y recopilador de tradiciones orales, suelo definir mito (y no es una definición, por supuesto, que yo haya acuñado) como un relato tradicional que cuenta un acontecimiento ejemplar que sucedió en un tiempo lejano y prestigioso. No me parece aventurado pensar que eso es, en esencia, lo que Canetti entendía por mito. Muy posiblemente, también estaría de acuerdo con la siguiente descripción del «carácter complejo del mito» realizada por Henri y H. A. Frankfort en un libro que muy probablemente él conocía:

El mito es una forma de poesía que trasciende la poesía porque proclama una verdad; es una forma de razonamiento que trasciende el razonamiento porque aspira a materializar la verdad que proclama; es una forma de acción, de conducta ritual, que no encuentra su plenitud en el acto mismo pero debe proclamar y elaborar una forma poética de verdad.⁵

Al hilo de todo esto, no está de más sacar a colación el siguiente apunte procedente de *El suplicio de las moscas*:

2 Elias Canetti, *La provincia del hombre*, pág. 49.

3 Elias Canetti, *La provincia del hombre*, pág. 88.

4 Elias Canetti, *Hampstead: Apuntes rescatados 1954-1971*, traducción de Juan José del Solar, Madrid: Anaya & Mario Muchnik, 1996, pág. 21.

5 Henri y H. A. Frankfort, «Myth and Reality», en el libro de Henri Frankfort, H. A. Frankfort, John A. Wilson y otros, *The Intellectual Adventure of Ancient Man: An Essay on Speculative Thought in the Ancient Near East*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1977, pág. 8. Aunque no menciona esta obra en la bibliografía de *Masa y poder*, Canetti, que era un apasionado de la asiriología y la egiptología, probablemente la conoció ya en su primera edición, publicada en 1946 por Penguin Books con el título *Before Philosophy: The Intellectual Adventure of Ancient Man*.

En el mito es donde primero me reconozco. Llamo mito a todo lo que entra en mí de un modo natural, como el aliento. En las épocas en que se cierra, lo llamo de otro modo. Entonces lo dejo a un lado, a la espera de que retorne su simplicidad. El mito jamás es confusión, ni siquiera el más pavoroso; en cuanto mito ha de tener rumbo y fuerza, y, finalmente, sentido, siempre que no salte a la vista.⁶

Cualquiera que haya recorrido con detenimiento la bibliografía de *Masa y poder* se habrá percatado de que contiene decenas de recopilaciones de mitos y cuentos de prácticamente todos los rincones del mundo, además de muchos libros de antropología, viajes e historia en cuyas páginas es posible encontrar un número sustancial de narraciones mitológicas. Dentro de lo que es el *corpus* de la obra publicada en vida por Canetti, es precisamente en las páginas de ese libro, *Masa y poder*, donde podemos apreciar la importancia que los mitos llegaron a tener para su pensamiento, dado que varias de las reflexiones que el autor realiza sobre aspectos concretos de la masa parten de relatos mitológicos, que son analizados con sumo detalle. Por ejemplo, en el apartado sobre la metamorfosis, al hablar del totemismo y la masa, Canetti parte de un relato de los aranda de la Australia central recogido y publicado por T. G. H. Strehlow. El libro contiene también referencias a, entre otros, mitos egipcios, griegos, uitoto, taulipang, ba-ila y fidjianos. Este empleo de mitos donde normalmente cabría esperar que se utilizaran de forma casi exclusiva documentos históricos es, de por sí, un rasgo altamente original del libro de Canetti. Las conclusiones que el autor saca del análisis de estos mitos dentro de la obra pueden, en ocasiones, ser discutibles, pero no cabe negar la impresionante magnitud de sus lecturas en esta materia y la singularidad de su enfoque.

No obstante, aunque sea en *Masa y poder* donde mejor podamos apreciar la presencia de los mitos en su trabajo como escritor, es importante señalar que para Canetti estos relatos tradicionales eran mucho más que un camino para analizar determinados aspectos de la relación entre las masas y el poder. En un apunte de 1971 escribe:

Que nunca podamos escapar a la historia es, para mí, la más desconsoladora de las ideas. ¿Será ésta la verdadera razón de mi afán por investigar todos los mitos? ¿Confío acaso en descubrir algún mito olvidado que pueda salvarnos de la historia?⁷

En otra anotación de ese mismo año, la importancia fundamental de los mitos queda expresa en términos todavía más explícitos:

Estoy alimentado de mitos. De vez en cuando intento escapar a ellos. Lo que no quiero es violarlos.⁸

La «sed de mitos» de Canetti obedecía, pues, además de a un indudable afán de conocimientos, a un poderoso impulso interior más relacionado con cuestiones éticas, estéticas y personales que con los vericuetos de sus investigaciones. En una anotación de 1965 escribe:

6 Elias Canetti, *El suplicio de las moscas*, traducción de Cristina García Ohlrich, Madrid, Anaya & Mario Muchink, 1994, pág. 150.

7 Elias Canetti, *Hampstead*, pág. 183.

8 Elias Canetti, *La provincia del hombre*, pág. 313.

No quiero sucumbir nunca a los adjetivos, ni siquiera a los triples. Son lo oriental en Proust, el gusto por las piedras preciosas. Pero éstas me tienen totalmente sin cuidado, porque yo amo todas las piedras. Las preciosas, entre ellas, representan la nobleza de sus personajes. Mi «nobleza» son esos desconocidos de los «orígenes»: bosquimanos, aranda, fueguinos, ainu. Mi «nobleza» son todos aquellos que aún viven según mitos y estarían perdidos sin ellos. (Ahora ya lo están, en la mayoría de los casos.) [...].⁹

Este apunte, y otros similares, indica con toda claridad que la «sed de mitos» de Canetti estaba íntimamente ligada a la que él entendía era su principal función como escritor: la de guardián de las metamorfosis.

Canetti se refiere de forma detallada a este aspecto fundamental de su pensamiento en «La profesión de escritor», el discurso que pronunció en Múnich en 1976 con motivo del doctorado *honoris causa* que le otorgó la Universidad Ludwig Maximilian. Más que en otro lugar, es en este discurso (que en su día, como sabemos, provocó las iras de Thomas Bernhard), donde Canetti expone con mayor claridad los principios fundamentales de su poética. «[El escritor] habrá de familiarizarse con la herencia literaria de la humanidad, que abunda en metamorfosis», aconseja Canetti, y un poco más adelante cita la importancia enorme sobre «las culturas europeas modernas, ya antes del Renacimiento» de la *Odisea* y de las *Metamorfosis* de Ovidio.¹⁰ Después de hablar del *Poema de Gilgamesh*, y recalcar que esta obra era desconocida hasta su redescubrimiento a finales del siglo XIX, Canetti hace la siguiente reflexión:

Me resulta imposible considerar el *corpus* de la tradición que nos sirve de alimento como algo concluido; y aunque pudiera demostrarse que ya no surgirán obras escritas de la misma trascendencia, siempre quedaría la gigantesca reserva de los pueblos primitivos y su tradición oral. Pues en ella son infinitas las metamorfosis, que es lo que aquí nos interesa. Podría emplearse una vida entera en interpretarlas y comprenderlas, y no sería una vida mal empleada. Tribus que a veces constan de unos cuantos centenares de hombres nos han dejado un tesoro que, a decir verdad, no merecemos, pues por nuestra culpa se han ido extinguiendo o se extinguen aún ante nuestros ojos, apenas capaces de ver algo. Es gente que ha conservado hasta el final sus experiencias míticas, y lo asombroso es que apenas hay algo que nos venga más a propósito y nos dé tantas esperanzas como esta poesía temprana e incomparable de hombres que, cazados, explotados y desposeídos por nosotros, han perecido en medio de la miseria y la amargura. Ellos, despreciados por nosotros debido a su modesta cultura material, aniquilados a ciegas y sin misericordia, nos han legado una herencia espiritual inagotable. Nunca podremos agradecer suficientemente a la ciencia por haberla salvado; su auténtica conservación, su resurrección en nuestras vidas, es tarea de los escritores.¹¹

En un momento en que tan en boga está el absurdo y empobrecedor concepto de «canon», resulta refrescante la convicción de Canetti de que el «*corpus* que nos sirve de alimento», en contra

9 Elias Canetti, *Hampstead*, pág. 90.

10 Elias Canetti, «La profesión de escritor», en *La conciencia de las palabras*, traducción de Juan José del Solar, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1982, pág. 355.

11 Elias Canetti, «La profesión de escritor», págs. 356-357.

de lo que muchos creen, ni está cerrado ni es fácil de delimitar. Las literaturas orales de las que él habla constituyen una verdadera galaxia de creatividad, compuesta por miríadas de constelaciones y mundos, cada uno de los cuales ofrece una fuente inagotable de placer estético y conocimiento. Canetti es posiblemente único entre los grandes escritores del siglo XX por haberse zambullido sin miedo y con una entrega total en esta galaxia. Esto no puede extrañarnos en una persona que se consideraba custodio de este ingente legado y se tomaba muy en serio esta responsabilidad: «Una meta sería de mi vida es conocer realmente a fondo todos los mitos de todos los pueblos —escribió en el apunte de 1945 antes citado—. Pero quiero conocerlos como si hubiera creído en ellos».¹²

Hacia el final de su vida, abrumado sin duda por el cada vez más peligroso camino que comenzó a tomar la Historia de la humanidad en las postrimerías de su siglo más sangriento, Canetti hacía la siguiente reflexión, con la que termino mis palabras:

Nada, nada, nada, y, sin embargo, lo lamento por todo, en especial por esos magníficos mitos e historias. Que ellos, lo mejor que tenemos, deban desaparecer por nuestra causa me indigna hasta volverme loco de rabia.

¿A quién podríamos confiárselos? ¿Quién podría conservarlos durante el invierno? ¿Quién podría repetirlos a cada tanto para que no se diluyan en el olvido?¹³

12 Elias Canetti, *La provincia del hombre*, pág. 88.

13 Elias Canetti, *El suplicio de las moscas*, pág. 107.

